

## **Centro Cultural Fluvial “El Remanso”**

Como un artefacto en un remanso, la nueva pieza cultural se posa en la ribera con la certeza de lo que siempre estuvo allí. Su volumen horizontal y contundente se inscribe en la memoria colectiva del territorio: ecos de galpones, silos, grúas y cargueros definen una continuidad simbólica de un paisaje portuario e industrial del litoral. Lejos de una literalidad, el edificio recupera esa memoria territorial abstracta y la proyecta hacia el futuro como gesto contemporáneo.

La propuesta no intenta competir con el paisaje sino encuadrarlo. Asume la escala del borde fluvial y la lógica de los artefactos portuarios como principio de orden. La arquitectura se pliega a la dirección del río, se acomoda paralela a la corriente, como si fluyera con ella. El edificio no irrumpe; acompaña, mide, contiene. Se retira de la avenida para dejar lugar a un colchón paisajístico, una franja forestada que filtra lo urbano, regula el sonido, el microclima y marca la transición entre ciudad y río. Hacia el oeste, la vegetación se vuelve más densa, con árboles autóctonos de gran porte. Hacia el este, se diluye progresivamente en arbustivas, pastizales y yuyos ribereños, hasta encontrarse con el agua.

Esta relación gradual con el paisaje se traduce en una parquización manipulada con cuidado. El tratamiento vegetal se estructura por estratos —árboles, arbustos, cubresuelos— que favorecen la biodiversidad, estabilizan la barranca y consolidan la conectividad ecológica del borde. Al sur, el terreno acompaña la caída natural hacia la ribera, reforzando la continuidad entre el parque y el barrio Remanso Valerio, donde se propone la nueva bajada náutica. Esta se revaloriza como acceso al río y nodo turístico, convirtiéndose en punto de conexión social, educación ambiental y regeneración urbana.

Hacia el norte, el parque se expande más allá de los límites parcelarios, incorporando la arenera existente como parte de un paseo activo ribereño. El gesto es claro: desplazar el edificio cultural hacia el este, liberando suelo urbano y consolidando una continuidad peatonal norte-sur entre Rosario y Granadero Baigorria.

La arquitectura se resuelve como una gran nave única, contenida por un basamento de hormigón sobre el que se apoya una estructura superior que aloja las funciones principales —el auditorio, la sala de ensayo, la escuela de música— mientras libera el plano del suelo para usos abiertos, flexibles y públicos.

El proyecto propone una tipología palafítica que libera estratégicamente la mayor parte de su planta baja, entendida como parte sustancial del espacio público. Esta solución mejora la accesibilidad general, permite la continuidad del parque a través del edificio y ofrece un ámbito cubierto de encuentro, circulación y estancia, activo tanto en días de uso intensivo como en la vida cotidiana. El resto de la planta baja configura los accesos principales y aloja una serie de espacios estratégicos y adaptables —como cafetería, sala de exposiciones, foyer y baños públicos— que articulan la transición hacia los niveles superiores, donde se ubican el resto de los equipamientos culturales.

La composición del edificio responde a una lógica dual: una caja técnica y cerrada suspendida dentro de una envolvente ligera, translúcida y versátil, como un edificio dentro de otro. La estructura portante de hormigón organiza tanto el volumen como los espacios, y permite resolver la complejidad programática sin perder unidad formal. De día, la envolvente se comporta como una membrana vibrante que reacciona a la luz y al clima. De noche, convierte al edificio en un hito cultural visible desde el río y desde los accesos metropolitanos, afirmando su carácter simbólico a escala regional.

La espacialidad se organiza en capas. Un foyer de múltiples alturas, concatenadas a través de dos escaleras en los extremos este y oeste, con momentos que invitan a contemplar el río, el parque y el horizonte urbano. Sobre este espacio se ubica un pequeño auditorio auxiliar y multiuso. Las circulaciones perimetrales permiten rodear los volúmenes técnicos, generar espacios escenográficos con respecto al río y definir relaciones cambiantes entre los distintos niveles. La experiencia del usuario no está predefinida: se camina, se observa, se cruza. El edificio se explora más que se recorre.

El auditorio principal, concebido como una caja flexible, incorpora gradas móviles, elementos técnicos modulares y un sistema de aperturas hacia el norte que lo convierten en un escenario abierto al parque. Esta dualidad escénica —interior y exterior— potencia su capacidad de adaptación a diversos formatos culturales. Desde allí, el público mira hacia el sudeste, teniendo como telón de fondo el río y el puente Rosario-Victoria.

El resto del programa se distribuye estratégicamente para permitir usos simultáneos y escalables. En la última planta, un patio central articula la escuela de música, una biblioteca y un restaurante con terraza-mirador. Este espacio se proyecta como remate del edificio, tanto visual como funcional: un ámbito público en altura, con vistas privilegiadas al río, accesible desde el parque a través de un núcleo vertical independiente que interrumpe la horizontalidad general del volumen. La galería de la escuela se abre hacia el patio, multiplicando las relaciones posibles entre educación, cultura y paisaje.

La envolvente contribuye no solo a la imagen y al carácter perceptivo del edificio, sino también a su comportamiento ambiental. Se proponen materiales con buena respuesta térmica y climatización eficaz en espacios de uso intermitente como foyers, circulaciones y áreas de transición. En las salas, se refuerza la aislación térmica y acústica con sistemas técnicos, garantizando un confort óptimo.

El sistema general de ventilación incorpora captación de agua subterránea para intercambiadores térmicos —aprovechando la temperatura estable del subsuelo— y permite liberar el exceso de energía acumulada en verano mediante troneras superiores que garantizan la ventilación renovada.

La circulación es clara, intuitiva, jerárquica. Accesos diferenciados conducen a las funciones principales en planta baja, mientras las escaleras y los ascensores independientes organizan el tránsito vertical. La continuidad del espacio público se extiende desde el parque hacia el interior, y nuevamente hacia la terraza: el edificio no solo se recorre, se habita. El visitante cotidiano lo atraviesa, el público del espectáculo lo explora, la comunidad lo apropia.

Este proyecto no se concibe solamente como un ícono o pieza cerrada. Se propone como una infraestructura cultural abierta, disponible para el uso, la transformación y la activación constante. Como los silos o las grúas que marcan el ritmo de la ribera, este edificio no reclama atención, sino que sostiene, aloja, conecta. Su contundencia formal no busca imponerse, sino dar lugar. Su geometría estricta dialoga con la fluidez del parque como un carguero en cauce. Su escala remite a lo conocido, pero su uso mira hacia adelante.

La arquitectura del *Centro Cultural Fluvial “El Remanso”*, aquí, es soporte y escenario. Contenedor y promesa.